

dia contra el gobernador de Cuba; fué ajusticiado Nuñez de Balboa por los mismos suyos, despues de haber descubierto el mar del Sur; y Pizarro y Almagro se hicieron la mas cruda guerra despues de apoderados del vasto y opulento imperio de los Incas. A una de estas escisiones se debió el descubrimiento de todo el pais que media entre la Florida y el Norte del imperio Mejicano. Por otra separacion de las tropas de Pizarro en desidencia el mismo de su jefe principal, descubrió Orellana el rio de las Amazonas; y embarcándose en él sin saber su direccion, descendió mas de ochocientas leguas, abriéndose paso por medio de salvajes, hasta que se vió, con gran sorpresa suya, en las costas del Atlántico. Por un efecto de igual desavenencia se conquistó á Chile. Asi por una mezela y casual combinacion de valor, de audacia, de rivalidad y de discordia, desde el Misísipi hasta el paralelo de la embocadura del rio de la Plata, todas las regiones á donde habian llevado su planta aquellos impávidos aventureros, estaban ya por los años de 1542 sujetas á la corona de Castilla.

CAPITULO VIII.

Contiendas religiosas en la época de Carlos V.—Lutero y Alemania.—Dietas.—Protestantes.—Confesion de Augsburgo.—Guerra de los paisanos.—Anabaptistas.—Interim.—Tratado de Passau.—Primer concilio de Trento.

No sin gran recelo entramos en un asunto tan de suyo delicado, donde es difícil acertar por circunspeccion y prudencia que se observen. Es triste para un historiador encontrarse con terrenos resbaladizos, con hechos desagradables, mas de cuya existencia no es posible admitir la menor duda. No tocaríamos esta parte de las contiendas religiosas del siglo XVI, si en sus anales no hiciesen un papel tan distinguido. Mas creeríamos dejar incompleto el bosquejo que tenemos entre manos, si pasá-

semos por alto de acontecimientos importantes que influyeron en los destinos de tantas naciones de Europa y aun fuera de nuestro continente. Cumpliremos pues, aunque á pesar nuestro, con el deber de historiadores, penetrados de nuestra incompetencia para ser otra cosa en la materia, que expositores simples de hechos. Narraremos, no demostraremos. Hablaremos de controversias, de excisiones, de guerras religiosas como puntos puramente históricos. Como tales, haremos mencion de hombres, que sin pensarlo ellos mismos, sin prepararse á ello, por una casual combinacion de circunstancias, se hicieron célebres en el mundo, alteraron sus creencias, hombrearon, siendo de una condicion obscura, con los mismos reyes, y en ciertos casos triunfaron de su política, del brillo de su magestad, de la fuerza positiva de sus armas.

Inmediatamente que un dogma teológico ó religioso se establece, surgen en derredor explicaciones y comentarios, que si unos se atienen á su espíritu y contribuyen á mantener la unidad en el cuerpo de creyentes, se alejan otros de él, formando bandos ó escisiones que muchas veces sin respeto á la conciencia ajena se aborrecen y combaten mutuamente. Cuanto mas superiores son estos dogmas ó creencias á nuestra comprension, mas campo abren á sutilezas, á sistemas ingeniosos, á la ambicion del amor propio, que tanto gusta de lucir y abrirse un camino que el vulgo no conoce, para captarse despues su admiracion, poniéndose á tanta altura de su limitada inteligencia. No se vé, no se ha visto otra cosa, en cuantos sistemas religiosos aparecieron en varios puntos y en diversas épocas. Todas tienen y tuvieron sus escisiones, sus heregias, sus sectas, que se han mirado mutuamente con mas ó menos espíritu de tolerancia, segun la naturaleza de la disputa y los intereses que promueve. No todos los judíos, ni todos los mahometanos, ni todos los adoradores de Brama, piensan absolutamente las mismas cosas, ni están completa-

mente acordes en materias de creencia. Todas estas religiones tienen sus doctores, sus comentadores, que han explicado sus libros sagrados á su modo, y dividido la masa general en tantas sectas, cuantos son los que se erigen en jefes de doctrina.

Lo mismo debió de haber sucedido, y con efecto sucedió en el cristianismo. Desde los primeros siglos de la iglesia se suscitaron en su seno varias escisiones ó heregias (1), pues con este nombre se conocen. Solo los muy versados en la historia y materias elesiásticas, son capaces de contarlas, definir las y explicarlas; tal es su número y la diversidad de sus doctrinas. Mientras la iglesia permaneció en su oscuridad, meramente tolerada, cuando no abiertamente perseguida, debieron de ser estos herejarcas poco conocidos de la gran masa de los fieles. Mas despues que la religion se vió triunfante, y como sentada sobre el trono, comenzaron igualmente á adquirir publicidad las sectas heterogéneas que la dividian. Comenzó el amor de la disputa, el gusto de sutilizar, la ambicion de ser jefe de escuela, el espíritu de intolerancia y las demas pasiones que á las primeras son anejas; comenzaron, decimos, á turbar la paz de la iglesia, en un sentido muy diverso de los emperadores que la habian proscrito. Era un asunto indispensable de que no podia prescindirse, el cortar de raíz esta disidencia en las doctrinas. Para ello fué preciso que los prelados, ó jefes, ó inspectores de las principales iglesias locales, que los presbíteros de mas santidad, mas prestigio y mas ciencia, se reuniesen para explicar, comentar, definir los principales puntos de doctrina, y decidir en cuerpo los que debian admitir y profesar la masa de los fieles. Es lo que hicieron los concilios generales. Cuando al fin de las sesiones de uno, parecia quedar asegurada la concordia de la iglesia, se suscitaba otra nueva tempestad, que hacia

(1) Heregia, herejesis, herejia, herejia, herejia, herejia.

indispensable la celebracion de otro, cuyos resultados eran tan precarios como los del precedente. En ninguna época dejaron de ser indispensables estas reuniones ó concilios; en ningun siglo dejaron de aparecer hombres argumentadores, sutiles y discolos, arrastrados unos de sus ilusiones, y otros por depravacion, que propalaban y sustentaban doctrinas nuevas, ó bien anteriormente reprobadas, ó que provocaban nuevos comentarios (1). Cuanto mas se argüia y disputaba, mas y mas se agrandaba la arena de la controversia. En estas disputas y conflictos, no solo se excitaban odios y fomentaba la discordia, sino que el espíritu de intolerancia se manifestaba en hechos. Hubo desórdenes, violencias y persecuciones, obispos expulsados de sus sillas, despojados de su dignidad, confinados en destierros y proscritos. Algunos fueron separados del seno de su grey y vueltos á sus brazos á fuer de tumultos populares. Uno de los primeros prelados, y hasta oráculo de su siglo, San Atanasio, fué cuatro veces expelido y restituido otras tantas á su silla patriarcal de Alejandria.

En la iglesia latina no se levantaron tantas heregias como en el seno de la griega. No eran los del Occidente tan sutiles, tan disputadores, quizá tan sábios como los de Oriente. Mas si no se mostraron tan hábiles para argumentar, fueron mas duros en manifestar su intolerancia. Bien conocidos son en la Europa los horrores, la san-

(1) Se cuentan veinte y cuatro concilios en los tres primeros siglos de la iglesia; setenta y dos en el cuarto; setenta en el quinto; cincuenta y seis en el sexto; cincuenta y cuatro en el sétimo; veinte en el octavo; ciento y siete en el noveno; cincuenta en el décimo; noventa y seis en el oncenno; cincuenta y cinco en el duodécimo; ochenta y ocho en el décimo tercio; setenta y tres en el décimo cuarto; cuarenta y dos en el décimo quinto; diez y siete hasta el de Trento, inclusive, en el décimo sexto. De tantos concilios, solo diez y nueve son conocidos con el nombre de concilios generales; sea por el gran número de prelados que á ellos concurrieron, sea por la importancia de sus decisiones ó por su aplicacion á todo el cuerpo de la iglesia. Los otros no tuvieron tanta importancia, ó por la naturaleza misma del negocio, ó ser este de un interés local, que no afectaba mas que á una parte de los fieles.

gre y calamidades de todo género, que á principios del siglo XIII acarrió la heregia de los albigenses, llamada así de la ciudad de Alby, en el Mediodia de Francia, donde tuvo su primer asiento. Se mezcló la política mundana en estas controversias, ó por mejor decir, las tomó acaso por pretexto, para fomentar sus intereses. Varios príncipes se declararon en pró; muchos mas en contra. La cosa se presentó tan formal, que le fué preciso al papa Inocencio III predicar una cruzada para la extirpacion de aquella secta. Tuvo esta cruzada efecto, y el pontífice romano fué muy bien obedecido, pocos caudillos ó jefes se podrian encontrar de mas celo, de mas pericia militar, de mas prontitud para perseguir y castigar los enemigos de la iglesia que Simon de Monfort, á quien esta guerra hizo tan célebre. Fueron los albigenses vencidos en mas de una batalla, y aunque obtuvieron algunos triunfos parciales, los pagaron tan caros como su heregia. Quedaron arruinados, y por el pronto despojados los príncipes fautores. Quedaron los campos asolados, muchas poblaciones yermas, mas de la mitad de las plazas fuertes arrasadas. Un monumento mas durable nos resta aun de aquellas convulsiones; á saber: el establecimiento del tribunal de la Inquisicion en Roma, destinado al castigo y extirpacion de los hereges.

Algun tiempo despues, otra llamarada semejante ocurrió en el pais de Vaud al pie de los Alpes, lo que hizo designar aquellos sectarios con el nombre de Valdenses. Aunque se extirpó del mismo modo, no fué de un modo tan terrible, por lo menos activo y extendido del incendio.

Comenzaba á prevalecer por aquellos tiempos una opinion, que sin tener nada de herética en sí misma, servia como de argumento para los que en escision se declaraban con la iglesia. Los grandes prelados, los que se decian sus príncipes, no siempre arreglaban su conducta al ejemplo que les habian dejado los apóstoles. Sus grandes riquezas, su lujo, su fausto, el poder de que mu-

chos de ellos estaban revestidos, parecian á los ojos de muchos desdeñarse de la simplicidad de las costumbres de la primitiva iglesia. No en todas ocasiones se mostraban los papas, sucesores dignos de S. Pedro. Eran visibles los abusos que hacian en varias ocasiones de su autoridad, sea en beneficio de sus propios intereses, ó de las personas que les eran mas adictas. Estas especies se propagaban, hacian impresion y provocaban la censura en cuantos por pensadores se tenian. No dejaba, pues, de ser comun la opinion y el deseo de introducir reformas, no precisamente en el dogma, sino en la disciplina, en la conducta, en las riquezas de los potentados de la iglesia. Los albigenses y valdenses se preciaban de una moral mas austera, mas arreglada al evangelio y á las costumbres de la primitiva iglesia que sus perseguidores. Ya veremos reproducida esta profesion, y reforzado el argumento de otro modo mas elocuente, con resultados mas positivos y trascendentales (1).

Todo el resto del siglo XIII se pasó sin novedades de esta especie. A fines del XIV publicó en Inglaterra sus obras Juan Wicleff, en que condenaba los poderes usurpados por la corte de Roma, el abuso que el clero hacia de sus riquezas, con otros mas cargos dirigidos entonces á los altos prelados de la iglesia. Atacaba ademas el dogma de la transubstanciacion, la invocacion de los santos, el purgatorio. Muy pronto condenó Roma estas doctrinas; mas se dejó morir tranquilo al heresiarca, á favor de ciertas explicaciones de lo que en sus escritos se halló mas digno de reparo. Formaron, sin embargo, los discípulos de Wicleff á su muerte una faccion, que con el nombre de Lolards, agitó la Inglaterra durante algunos años, y no pudo ser exterminada hasta ya entrado el siglo XV.

A principios de este mismo siglo se esparcieron por

(1) Véase la nota II al fin del tomo.

Bohemia los escritos de Wicleff, y sus doctrinas fueron abrazadas por Juan de Huss, Jerónimo de Praga y Jacobo Messein, teólogos de gran reputacion, y conocidos por la severidad de sus costumbres. Inmediatamente comenzaron á esparcir sus nuevas doctrinas por escrito, y con sermones elocuentes. Fué llamado Juan de Huss á Roma á dar cuenta de sus doctrinas; mas habiéndose á muy poco tiempo despues, convocado el concilio de Constanza, recibió una orden, y un salvo conducto del emperador Segismundo, para presentarse ante los padres.

Se hallaba entonces despedazada la iglesia por un cisma que por su importancia se designa todavía con el nombre de gran Cisma de Occidente. Hacia mas de treinta años que los fieles estaban divididos en la obediencia á dos papas que ambos se decian sucesores de San Pedro. No era pequeño el escándalo que con este motivo se habia introducido en el seno de la cristiandad, ni débiles las armas que se daban á los partidarios de reformas. Para cortar estos desórdenes (1418) se habia convocado el concilio de Constanza, en él fué depuesto el papa Juan XXIII, que habia sido elevado á la silla pontificia por una faccion, comprada materialmente segun la opinion general, y declarado cismático Pedro de Luna, que se hacia llamar papa con el nombre de Benedicto XIII. A la silla pontificia fué exaltado Martino V, varon cuyo mérito y virtudes le granjearon la opinion de que repararia los desórdenes que daban motivo á tanto escándalo.

En cuanto á Juan de Huss de nada le sirvió el salvo conducto. Inmediatamente que llegó á Constanza, se le puso preso. Habiendo comparecido ante los padres, y héchose cargo de las doctrinas de que le acusaban, las sostuvo en pleno concilio contra sus impugnadores, y fué condenado á ser quemado vivo por no querer suscribir la fórmula de retractacion que se le proponia.

Jerónimo de Praga, discípulo de Juan de Huss, arrestado en las inmediaciones de Constanza, firmó la

misma retractacion; mas arrepentido, se desdijo de ella. Presentado ante el mismo concilio, manifestó su pesar por un acto que le habia arrancado un momento de debilidad, persistió en sus doctrinas, y las sostuvo con valor, con mas elocuencia que habia desplegado su maestro, á quien era muy superior en instruccion y en mérito. El destino que le esperaba no podia ser dudoso para nadie. Marchó Jerónimo al suplicio con resignacion; oró al pie del poste, donde le ataron encima de la pira, y en el momento que se levantó su llama, entonó un cántico que se oyó con distincion hasta que exhaló el último suspiro.

Produjo este suplicio de Juan de Huss y Jerónimo de Praga una guerra en Bohemia conocida con el nombre de los husitas, que así se denominaban sus sectarios y discípulos, guerra de venganzas y de sangre; que á pesar de ser terminada al cabo de cerca de treinta años á favor del partido dominante, dejó bajo sus cenizas un fuego oculto pronto á salir de nuevo, como se vió en efecto muy antes de cumplirse un siglo.

Se ocupó el concilio de Constanza en grandes reformas: lo mismo se hizo en los de Basilea, de Florencia y de Ferrara. Para ningun hombre de buen entendimiento era dudoso que los vicios, que los desórdenes introducidos en la iglesia afectaban en cierto modo las creencias y daban armas á sus detractores. Mas prevalecian las intrigas, los malos hábitos, la corrupcion que se hallaba tan arraigada, y las mas de estas reformas se quedaron en proyectos. Todos los buenos deseos y el celo que á los verdaderos fieles animaban, no pudieron impedir que fuesen exaltados á la silla de San Pedro un Alejandro VI, un Julio II, un Leon X.

Al fin del siglo XV se manifestó en Italia un gran reformador, no de dogmas y doctrinas, sino de los vicios y desórdenes que entonces inundaban á la iglesia. Jerónimo Savonarola, fraile de la orden de Santo Domingo, tronó en los púlpitos contra los vicios de su

tiempo; anunció castigos de Dios, se dió como dotado del don de prediccion, y hasta el de milagros. No solo se mostró enemigo de los desórdenes en lo moral, sino que se mezcló hasta en la política. Establecido en Florencia se declaró enemigo de las usurpaciones de los Médicis, y por su influencia se restablecieron instituciones todas en sentido de la libertad de la república. La influencia que este hombre ejerció en los ánimos de la muchedumbre, fué, como puede suponerse, prodigiosa; mas tambien se comprenden fácilmente las rivalidades y animosidad de que debió de ser objeto. Fué su grande enemigo el papa Alejandro VI, cuyos vicios, cuyos desórdenes, eran por lo regular el tema de todos sus sermones. Fué fácil á éste pontífice condenarle como sedicioso y hasta excomulgarle; mas Savonarola declaraba en el púlpito que no podia privarle de distribuir la palabra de Dios y el pan de vida un pontífice inmoral, incestuoso y simoniaco. Era imposible para este entusiasta luchar por mucho tiempo contra tan formidables enemigos. Instaba Alejandro á que se le hiciese su proceso, como sedicioso, como heresiarca, á un hombre que se jactaba de profeta y del don de hacer milagros. Se le puso preso, se le formó causa, se le dió tormento; y por fin se le condenó á las llamas. Así expió su celo, sus imprudencias, la debilidad, ó tal vez la firme persuasion de que estaba llamado á reformar el mundo.

El terreno estaba, como se vé, bastante preparado, y los ánimos dispuestos, unos á desear simplemente reformas, otros á recibirlas, cuando se manifestaron en el norte de Alemania á principios del siglo XVI las que nos proponemos bosquejar del modo, como hemos insinuado, mas sucinto y circumspecto.

Se habia proyectado y comenzado á edificar la iglesia de San Pedro en tiempo de Julio II, que manifestó la noble ambicion de erigir un monumento en Roma que superase en grandeza y magnificencia á los antiguos.

El mismo ardor heredó su sucesor el papa Leon X. Como sus rentas ordinarias no bastaban ó se destinaban á otros usos, fue necesario recurrir al arbitrio de las indulgencias que se predicaban en las iglesias, y públicamente se vendian como otro artículo cualquiera de comercio. Ordinariamente eran los conventos los sitios donde se despachaban las indulgencias, y cuya distribucion y administracion no era materia de poca consecuencia. En Alemania habian sido en un principio los frailes agustinos los encargados del negocio, que con el tiempo se trasladó á los padres dominicos. ¿Fué simplemente esta rivalidad ó este pique lo que produjo la mas grande excision que se habia introducido hasta entonces en la iglesia? ¿Obró simplemente Lutero como un instrumento del amor propio ofendido de sus superiores? Entonces se puede decir que nunca causa tan pequeña produjo un efecto mas grande y gigantesco.

Cuando un vaso está completamente lleno, con una gota mas desborda. Cuando un terreno está minado, con una sola chispa vuela. Si las revoluciones tienen por lo regular principios tan humildes, es porque las revoluciones ya estan hechas. Les faltaba solo la gota de agua, la chispa para consumarse. La gota y la chispa, fué pues aquí la venta de las indulgencias.

Hablaremos pues de Lutero, como de un hombre: de lo que hizo, de las consecuencias de lo que hizo, como de hechos que estan consignados en la historia. En el exámen teológico de sus doctrinas no entraremos como cosas que no son de nuestra competencia, y sobre todo exceden nuestras fuerzas.

Nació Martin Lutero (Luther, Luder, Lothar) (1) en Eisleben, pequeño pueblo del electorado de Sajonia, en noviembre de 1483. Aunque hijo de padres artesanos, le destinaron á una carrera literaria. Mientras cursó primeras

(1) Con estos tres nombres se ha firmado en varias ocasiones.

letras en Eisenach vivió casi en un estado de mendicidad, cantando delante de las casas cómo hacian entonces muchos estudiantes pobres de Alemania. Una viuda le recogió por fin en su casa, y le sostuvo los cuatro años que duró su enseñanza en una escuela. En 1501 le envió su padre á la universidad de Erfurth, donde le sostuvo de su cuenta.

Estudió en dicha universidad teología; gustaba mucho de esta ciencia, de la literatura, y sobre todo de la música, arte que cultivó toda su vida. Antes de decidirse por ninguna carrera, le ocurrió un accidente extraordinario que fijó su suerte. En 1505 hallándose en compañía de un amigo, le mató á éste un rayo, de lo que espantado Lutero hizo un voto á Santa Ana de meterse fraile, si le sacaba del peligro. Catorce dias despues tomó el hábito de San Agustin en Erfurth, sin llevar consigo mas bienes que un Plauto y un Virgilio.

Entró en el cláustro Lutero sin contar con su padre, que se ofendió mucho de este paso. Abrazó el estado religioso solo por cumplir su voto, sin ninguna vocacion; él mismo lo confiesa en sus memorias. Tenia gustos de masiado profanos para la austeridad que semejante condicion exige. Ya hemos visto con qué libros se pasó del mundo á su convento. En el mismo donde tomó el hábito, concluyó sus estudios, y recibió órdenes hasta la de sacerdote.

Poco despues emprendió un viaje á Italia. No habia ningun contacto entonces entre la Alemania, pobre, triste, donde nada florecia, y un pais de lujo, de suntuosidad, trono de literatura y de las artes. Debieron de hacerle mucha sensacion novedades tan extraordinarias. El dice en sus memorias, que no le chocaron menos las personas que las cosas. El lujo, la magnificencia de los conventos donde era alojado y la suntuosidad de sus refectorios, no fueron los menores objetos de su asombro. Sin duda le edificó poco la corte de Roma, donde reinaba el belicoso Julio II, papa de sentimientos grandes y eleva-

dos, pero muy mundano y muy violento, que se ponía al frente de sus tropas, y sitiaba plazas en persona.

A su vuelta de Italia recibió el grado de doctor en teología, y obtuvo una cátedra en la universidad de Wirtemberg que acababa de fundar el elector; poco despues fué nombrado vicario provincial de los agustinos, encargado de reemplazar el vicario general de la órden en sus visitas de Misnia y de Turingia. Entramos en estas circunstancias, para hacer ver que Lutero no era un hombre sin consideracion en su pais, cuando se declaró en guerra con la Iglesia.

Por aquel tiempo hacia mucho ruido en Alemania la venta de las indulgencias. Era natural que se activase y fomentase un negocio, del que pendia la continuacion de la fábrica maravillosa de la iglesia de S. Pedro. Estaba encargado el dominicano Tetzel de predicarlas y publicarlas; el arzobispo de Maguncia de fomentar su venta. A nombre, y bajo los auspicios de este prelado, se publicaban los manifiestos de las gracias por ellas concedidas.

Entonces estalló Lutero (1517), declarándose enemigo de las indulgencias. Fué su primer paso dirigirse á su obispo, el de Brandemburgo, para que impidiese predicar á Tetzel. Respondió el prelado que era atacar el poder de la iglesia, y que no se mezclase en este asunto delicado. Entonces Lutero se dirigió al primado, arzobispo de Maguncia y Magdeburgo, enviándole las proposiciones que se ofrecia á sostener contra la doctrina de las indulgencias.

El arzobispo no le dió respuesta. Lutero que contaba con su silencio, habia hecho fijar al mismo tiempo que daba este paso, en la iglesia del castillo de Wirtemberg, contra la autoridad de conferir indulgencias, contra el poder de conceder las gracias en ella prometidas, veinte y ocho proposiciones, negativas las unas, afirmativas las otras, pero todas en contra las pretensiones de la corte de Roma, y lo que estaba entonces en la iglesia recibido.